

HOMENAJE A ANTONIO DI BENEDETTO

*Carlos Orlando Nallim
En la Inauguración de la
Muestra Bibliográfica de
Escritores de Mendoza*

"... naturalmente, no soy nada más que un hombre que es de Mendoza, que ha vivido siempre a la orilla del Zanjón de Mendoza, pero ha tenido ciertos escapes..."¹. Estas palabras las expresó Di Benedetto aquí en este edificio, el 19 de octubre de 1970, a pocos meses de su inauguración, con ocasión de su conferencia en la Semana de Literatura y Cine Argentinos. Creo que vale la pena no olvidarlas: más que de un escritor local, se trata de un escritor nacional, de un escritor de valor universal, que nunca se alejó del todo y que hay que entenderlo desde su relación raigal con Mendoza. Conociéndolo como lo conocíamos bien sabemos que sus últimos diez años de vida los vivió con un sentimiento de destierro no siempre disimulado, le faltaba su Mendoza. La realidad le había marcado una distancia irrevocable entre su existir y su amado curso de agua, en cuyas cercanías debería haber seguido viviendo. Un canal, en cierto modo, había signado su vida. Una cosa

1 Antonio DI BENEDETTO, "Nuestra experiencia frente al cine y la literatura", en Semana de Literatura y Cine Argentinos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1972, p. 71.

eran los "escapes" desde su amada tierra, otra muy distinta verse obligado a vivir permanentemente en otra parte.

Antonio Di Benedetto era en Mendoza un hombre respetado. Su vida, tras su intento en el campo universitario del Derecho, se había volcado al periodismo, donde, como sabemos, llegó a ocupar posiciones relevantes. Dedicado, constante, inconformista, perfeccionista supo encontrar la estima moral de muchos, la consideración de quien goza de buena fama. Si la honra y la buena reputación son bienes importantes para el esfuerzo ético del individuo y para la vida social, he aquí, en Antonio, un ejemplo cabal. Su vida social -hay que aclararlo- no es sinónimo de hombre de fácil acceso o de amigo de frase endulzada o de zalema a flor de labios. No. Para conocerlo había que pasar antes por una recepción más bien fría, parca y hasta reticente. Una persona que al decir de su amigo Juan Jacobo Bajarlía "siempre huyó, siempre estuvo en fuga y errante como si alguien lo persiguiera. Estuvo siempre del otro lado del placer. Toda su obra fundamental es una fuga de la realidad hostil y de su cuerpo"². Sí, es cierto, y, sin embargo, quienes tuvimos el privilegio de, pasando la parquedad del primer encuentro, llegar al hombre sin circunloquios o de silencios defensivos, hallamos siempre un interlocutor inteligente, de preguntas y respuestas agudas, irónico unas veces, gracioso otras, pero siempre íntegro, respetable hasta en sus momentos de enojo de los cuales sabía pasar a la amabilidad más genuina.

Hablamos de un hombre honrado porque era enemigo de la calumnia y de la detracción. Hablamos de un hombre honrado porque se hizo acreedor de la gloria sobre la base de obras y riesgos notables. ¿Qué mejor ejemplo que su injusta y desgraciada prisión, desde marzo de 1976 a septiembre de 1977, y su posterior y forzado exilio que lo aleja por varios años del país? Cuando regresa en 1984 se lo nombra miembro de número de la Academia Argentina de Letras, en el sillón de Joaquín V. González, se lo halaga en los ámbitos culturales

² Juan Jacobo BAJARLIA, en declaraciones a La Nación. Vid. "Falleció el escritor Antonio Di Benedetto", La Nación, Buenos Aires, 12 de octubre de 1986, p. 19.

argentinos. Creyó, volvió a creer en las instituciones, pero -¿sería su sino?- a los pocos meses de desempeñarse en la Secretaría de Cultura de la Nación fue despedido por razones presupuestarias. Con su salud deteriorada -así lo vimos en la visita que hizo a Mendoza y a esta Universidad y Facultad- llegó a desempeñarse simultáneamente en la casa de Mendoza en Buenos Aires, en el Instituto Nacional de Cinematografía y en un taller literario; pero, así y todo, vivía con dificultades económicas.

Sí, era un hombre honrado que supo preservarse de los excesos: el orgullo, la arrogancia, la ambición desmedida y el vano afán de gloria. Por el contrario, prefería la humildad, que descansaba en la profundidad misma de su alma. Su sentimiento de la honra no era incompatible con su humildad, porque su moderación y espiritualidad afirmaban su virtud.

No puedo menos que recordar alguna caminata o alguna invitación a tomar café por el centro de Mendoza, en horas nocturnas para mí insólitas, cuando la vicedirección de *Los Andes* le permitía alejarse un tanto del diario. Tras las anécdotas del día, contadas con mucha sal, solía internarse en cosas más profundas. Pude observar entonces su particular respeto por el trabajo intelectual. Coincidíamos en que los valores culturales en su totalidad sólo pueden crearse, conservarse y multiplicarse por el trabajo. Una cultura dirigida al placer se hunde; una cultura que estima y honra el trabajo prospera.

En varias oportunidades me pidió le enviase muchachos de estudios avanzados de la Facultad o jóvenes egresados para encaminarlos en el periodismo. Creía en el periodista de fina factura y en el periodista escritor. Su observación directa le había enseñado que los periodistas que escribían de acuerdo con lo que pensaban, considerando la generosidad y las limitaciones del idioma, empleando su propio lenguaje y estilo, eran los que más rápidamente ascendían en su profesión. Sí, ya sé, no todos los buenos escritores son buenos periodistas ni viceversa. Pero ¿quién puede poner en duda la estrecha vinculación entre el escritor y el periodista, después de repasar las extensas listas de valiosos escritores que fueron excelentes periodistas? Di Benedetto fue un buen ejemplo. Su labor periodística fue larga, profunda y valiosa y llega a ser, a la vez,

vicepresidente de *Los Andes* y *El Andino* y corresponsal de *La Prensa*, de Buenos Aires. Sin embargo no dejó su labor de escritor, por momentos de quintaesenciado estilo. Es que para este periodista y escritor el trabajo era una bendición, nunca se le hacía monótono ni estéril, era un constante acicate del espíritu.

Detrás del escritor y el periodista debemos buscar al hombre y, en el caso de Antonio Di Benedetto, se trata de un hombre insobornable, que en su relación con los demás ponía voluntad reconocedora, creadora, buscadora de unión. De su tan mentado aislamiento poco queda cuando se considera su vida como una vivencia integradora, afirmativa, deseosa de hallar valores espirituales. Entendía el amor no como un mero sentimiento de deleite ni como un aislado sentimiento superior, era algo amplio y generoso fundado en una personalidad íntegra. Exultante por su regreso al país tras el exilio afirma:

"Por mi edad puedo decir que he pasado dos tercios de mi vida bajo las dictaduras. Tampoco he conocido la república auténtica sino caricaturas, como las desarrolladas bajo el gobierno de partidos sumamente autocráticos, cuyo respaldo ideológico estaba en la Italia fascista y que no se parecía en nada a la república a la que yo pretendía llegar y que ahora se ha establecido"³.

Es el mismo hombre de letras que cuando debe optar por una cita del *Quijote* para leyenda de una ilustración que adornaba un trabajo mío sobre el gran libro, aparecido en *Los Andes*, tampoco duda en inclinarse por la tremenda y bella afirmación cervantina que dice:

"-La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la

3 Vid. María Esther VAZQUEZ, "Con Antonio Di Benedetto", en *La Nación*, Buenos Aires, 23 de diciembre de 1984, 4ta. sección, p. 2.

tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres."

Texto de antología, verdad perdurable.

¿Cómo no recordar aquí y ahora algunos de sus títulos?: *Mundo animal* (1953), *Grot* (1957), *Declinación y Angel* (1958), *El cariño de los tontos* (1961), *Absurdos* (1978) y *Cuentos del exilio* (1983), entre sus libros de cuentos. *El pentágono* (1955), *Zama* (1956), *El silenciero* (1953), *Los suicidas* (1969) y *Sombras nada más* (1985), entre sus novelas. Sobre su estilo de narrar se han dicho muchas cosas, hoy preferimos quedarnos con las opiniones personales del autor: la relectura del párrafo o la página en voz alta, buscando que suene bien, que llegue al hipotético y futuro lector. De allí que huya de la disonancia y, a veces, resulten perfectamente melódicos. En cuanto a la propiedad del léxico que usa, a más de su experiencia en el arte de escribir está el uso frecuente del diccionario. Así, en estos términos le preocupa la prosa bella y expresiva.

Los temas tratados en la obra revelan estudio, cavilación, un ir haciendo el cuento o la novela con morosidad previa hasta que maduros "in mente" los pasa al papel, en ocasiones con sorprendente velocidad. Intentó la literatura fantástica y la logró con su modo personal y distinto, aunque sabía decir que no había sido capaz de dar una pieza acabada en el género.

Fue un narrador experimental, su estilo y su pensamiento, su lengua y sus ficciones son fieles testimonios; y, sin embargo, logró una obra que lo distingue en las letras argentinas por su calidad y originalidad. No sé porqué pero al evocar *Zama*, en especial al protagonista, don Diego de Zama, suelo recordar unas palabras que dije ya hace muchos años, en la Universidad Complutense de Madrid, refiriéndome al tema:

"Un hombre que se aísla y sólo encuentra áspero y desfavorable diálogo consigo mismo, un hombre que sueña y le teme a las pesadillas: sin saber porqué verdaderas alegorías de su ruindad interior de lo que es consciente. Un ser que testigo del peligro del salto de una araña venenosa contra un ser inde-

fenso, no avisado del peligro, opta por dejarla deambular por su cabellera, por la cara, por el cuello y nada...ningún sentimiento de compasión o adhesión, nada...sólo el temor de que el hombre en peligro despertara y le recriminara su paciente y criminal conducta"⁴.

El IV Congreso Nacional de Literatura Argentina ha querido exponer aquí -con la inestimable colaboración de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras- una muestra bibliográfica de escritores mendocinos. Sus organizadores pensamos que nada mejor que inaugurarla con un homenaje a Antonio Di Benedetto, Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de Cuyo. Sean pues mis modestas palabras evocadoras un tributo a quien, muerto el 10 de octubre de 1986, seguirá viviendo a través de los tiempos por su personalidad inolvidable y por su obra que se ofrece permanentemente atractiva al lector.

4 Carlos Orlando NALLIM, Cinco narradores argentinos, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1987, p. 105.